

## VI.



Al volver la señora Chanteau, de noche, en la hora de la comida, nadie preguntó por Luisa; y aquella pidió sencillamente á Verónica que la quitase las botinas, porque la del pie izquierdo le hacía daño.

—¡Caramba!—dijo la criada.—No es extraño, porque el pie está hinchado.

En efecto, las costuras de la bota aparecían señaladas en líneas rojas en la carne mórbida y blanca, y Lázaro, que entonces entraba, la miró.

—Habrás caminado mucho á pie—dijo.

Pero ella, que apenas atravesó por el pueblo de Arromanches, echaba la culpa á las botinas.

—Estos zapateros — dijo — no se acomodan á hacer los contrafuertes bastante altos.... y desde que me las aprieto, estoy en un suplicio.

Y se tranquilizó en seguida, observando con gusto que las zapatillas no la hacían daño.

Pero al día siguiente la hinchazón se extendió hasta el tobillo, aunque en la noche desapareció por completo.

Pasó una semana.

Desde la primera comida en que Paulina, después de la tarde de la catástrofe, se hubo presentado ante la madre y el hijo, todos procuraban aparentar la actitud que tenían en los días anteriores; ninguna alusión se hacía á lo ocurrido, como si no hubiese nada nuevo entre ellos.

La vida de familia continuaba maquinal, con las mismas costumbres afectuosas, los buenos días y las buenas noches, los besos reglamentarios en las horas de siempre, y fué de grande alivio para todos el momento en que se pudo hacer rodar el sillón de Chanteau hasta la mesa del comedor.

Pero entonces ya las rodillas del gotoso quedaron con duras anquilosis, y no podía ponerse en pie, si bien no disfrutaba menos de la calma relativa en que el dolor le dejaba; y cuando la señora Chan-

teau se arriesgó á hacerle saber los motivos de la súbita marcha de Luisa, él la suplicó que no le hablase de cosas tristes.

Paulina, desde que no estaba clavada en el sillón á la cabecera de su tío, procuraba ocuparse en algo, sin llegar á olvidarse de su martirio; sus noches eran penosas, porque un malestar incesante la molestaba, no obstante la paz habitual.

Lázaro al principio se había despreciado; la superioridad de Paulina, tan recta, tan justa, le llenaba de vergüenza y de cólera. ¿Por qué no había tenido valor para declararse francamente á ella, y pedirle perdón?

Él la hubiera contado entonces aquella aventura, la sorpresa de sus apetitos carnales, el perfume de la mujer coqueta en que se había embriagado; y ella tenía mucho talento para no comprenderle; pero se lo había impedido embarazo insuperable; temía rebajarse ante la joven en una explicación que le hubiera hecho tartamudear como un niño.

Además, existía en el fondo de su vacilación el temor de nuevas mentiras, porque Luisa le perseguía siempre, la veía todas las noches con el pesar ardoroso de no haberla poseído cuando la tuvo desfallecida bajo sus labios....

Y á pesar de esto, sus largos paseos eran casi todas las tardes por el camino de Arromanches.

Una noche llegó hasta la casa de tía Leonía, dió vueltas alrededor de las tapias y huyó precipitadamente al sentir el ruido de una ventana, trastornado por la mala acción que intentaba cometer.

Y era la conciencia de su indignidad lo que duplicaba su tortura: juzgábase impotente para matar sus deseos, y á cada instante, comenzando la lucha consigo, se persuadía de que nunca sufrió tanto por su irresolución.

No le quedaba ya sino un resto de honradez y de energía para esquivarse de Paulina, á fin de librarse de su última bajeza, de la confesión de su perjurio: quizás amaba todavía á su prima; pero la imagen provocativa de la otra estaba siempre delante de él, borrando el pasado y oscureciendo el porvenir.

Y Paulina esperaba á que él se excusase, porque se había jurado no perdonarle sin satisfacción completa, y lloró secretamente porque no la pedía el perdón. ¿Por qué guarda silencio, siempre febril, siempre ausente, como si tuviese miedo de estar solo con ella? ¡Ella, que estaba dispuesta á escucharlo, á olvidarlo todo cuando él manifestase un poco de arrepentimiento!

Pero la explicación anhelada no venía: la ruptura entre ambos era cada día más completa, y la pobre niña, ocultando con serenidad valerosa sus torturas, sollozaba en su cuarto por la noche, ahogando sus lamentos con la almohada.

Nadie hablaba ya de bodas, aunque pensaban en ellas, porque el otoño se acercaba.

¿Qué hacer? Cada cual se reservaba su parecer, ó indicaba que convenía diferir la decisión para más adelante.

Entonces fué cuando la señora Chanteau perdió su tranquilidad; en todos tiempos estaba como devorada por su propio carácter; pero en aquella ocasión, el lento desgaste de sus buenos sentimientos había llegado al período extremo de la destrucción; nunca pareció más aniquilada, más roída por su misma rabia nerviosa, y la necesidad de reprimirse la exasperaba más todavía; su fiebre de dinero, de riquezas, enardecida poco á poco, era ya peligrosa, y la arrebatava el corazón y la razón.

¡Paulina tenía la culpa! Acusábala, desde la marcha de Luisa, como de un robo que hubiera cometido, despojando á su hijo; tenía con esta idea una herida sangrienta que no se cerraba; los menores detalles aparecíale abultados inmensa

mente; jamás olvidaba el grito, el grito aquél: «¡Vete, vete!»

¡Imaginábase entonces que también se lanzaba á la calle el porvenir, la alegría y la fortuna de la familia!

Y por la noche, agitándose en insomnios llenos de pesadillas, deploraba que la muerte no les hubiera librado para siempre de aquella maldecida Paulina.

Al mismo tiempo una especie de reacción aumentaba en ella el cariño á su hijo, adorándole como no le había adorado en la cuna, cuando era todo suyo, cuando le mecía en su regazo; seguía, de la mañana á la noche, con inquietas miradas; le besaba cuando estaban solos, y le suplicaba que no tuviera pena alguna, jurándole que todo se arreglaría, que ella era capaz de estrangular á quien estorbara, á fin de que él fuera dichoso.

Después de quince días de tales combates, su rostro presentaba palidez de cera, sin que ella hubiese adelgazado; pero dos veces se repitió la inflamación de los pies, aunque desapareció á las pocas horas.

Una mañana llamó á Verónica y la enseñó las piernas, que se le habían hinchado hasta el muslo durante la noche.

— ¡Ves lo que tengo ahora! ¡Esto es fastidioso! ¡Y yo que deseaba salir hoy!..... No hay más remedio que guardar cama, pero no digas nada á Lázaro, para que no se altere.

Ella misma no aparentaba aprensión, hablando sencillamente de un poco de fatiga, y todos los de la casa creyeron que aquello era producido por cansancio, por agujetas; y como Lázaro no estaba en casa, por haber ido á paseo por la costa, y Paulina no subía al cuarto de la señora Chanteau, conociendo que su presencia desagradaba, la enferma desgarró los oídos de la doméstica con furiosas acusaciones contra la joven.

No podía contenerse: la inmovilidad á que estaba condenada, las palpitations que la sofocaban con el menor movimiento, hacían crecer su exasperación rencorosa.

— ¡Eh! ¿Qué hace allá abajo? ¡Todavía otra desventura! ¡Ya verás cómo ni siquiera me sube un vaso de agua!

— Pero, señora — respondía Verónica — ¡si vos la rechazáis!

— ¡Déjame en paz! Tú no la conoces, porque es una hipócrita de la peor especie; delante de gente aparenta buen corazón, y por detrás hace trizas á

todo el que puede..... Vaya, hija mía; tú sola has visto claro el día en que yo la he traído. ¡Si ella no hubiese entrado aquí, á buen seguro que no estaríamos donde estamos!..... ¡Y acabará con nosotros! El señor sufre como un condenado desde que ella le cuida; yo tengo toda la sangre revuelta; mi hijo está á punto de volverse loco.....

— ¡Oh, señora! ¡si se le puede decir! ¡ella que es tan buena para todos vosotros!

Hacia la noche, la señora Chanteau se alivió, y todo huía con su alivio, lo mismo el recuerdo de la despedida brutal de Luisa, que la idea del dinero; y así, cuando Verónica pudo bajar después de la comida, y encontró á Paulina ocupada en arreglar la vajilla en la cocina, no pudo menos de soltar todo aquello que tenía guardado en el corazón, porque las palabras salían por sí mismas.

— ¡Ah, señorita! ¡qué buena sois teniendo cuidado de esos platos! Porque yo en vuestro lugar los rompería todos.....

— ¿Y por qué? — preguntó la joven con sorpresa.

— Porque no haréis nunca ni la mitad de lo que se dice de vos.

Y partiendo de aquel punto, remontó su confianza hasta los primeros días.

—¿Pero no es cosa de hacer estallar de cólera al mismo Dios? Ella os ha chupado vuestro dinero céntimo á céntimo, y del modo más villano que se puede inventar, ¡palabra de honor! porque cualquiera creería que os daba el alimento por gracia.... Cuando vuestro dinero estaba en el *secrétaire*, ella hacía delante de vos toda especie de zalamerías, como si hubiese tenido que guardar la honestidad (1) de una niña, lo que no impedía que sus manos de ave de rapiña hicieran allí muy buenos huecos.... ¡Ah, sangre de Dios! ¡Vaya una comedia que ha representado para encajaros el gasto de la comida! ¿Queréis saberla? Pues bien: sin vos, todos ellos habrían perecido de hambre.... Y por eso tenía ella tanto miedo cuando los otros de París estuvieron á punto de incomodarse por razón de las cuentas. ¡Diablo! Si vos quisieseis, podríais enviarla derechita á los tribunales.... Y no creáis que eso la ha corregido; no hay tal cosa: ella os come hoy todo lo que puede, y os roerá hasta los últimos.... ¿Creéis que miento? ¡Lo juro, señorita! Lo he visto con mis ojos, y lo he escuchado con mis oídos, y no digo lo más asqueroso por respeto á vos, señorita.... Sí,

(1) El autor emplea aquí la palabra *puceilage*.—(N. del T.)

porque cuando estabais enferma, sólo pateaba de coraje por no poder registrar vuestra cómoda.

Paulina escuchaba sin proferir una palabra para interrumpir á la doméstica, pues frecuentemente, en sus días más felices, la asaltó el pensamiento de que la familia vivía á sus expensas y la despojaba con la más ruin aspereza; pero siempre había rehusado pensar en tales cosas, prefiriendo quedar en la ignorancia á acusarse de avaricia.

Y en aquella ocasión la brutalidad de las confidencias agravaba los hechos: á cada frase de Verónica se despertaban recuerdos en su memoria, y reconstruía antiguos episodios, cuyo sentido exacto se le había escapado, siguiendo día por día el largo trabajo de la señora Chanteau alrededor de su dinero.

Dejóse caer lentamente sobre una silla, como embargada de súbito por gran fatiga, y una contracción de dolor plegó sus labios.

—¡Exageras!—murmuró.

—¿Cómo que exagero?—repuso vivamente Verónica.—Tened entendido que no es lo cuestión del dinero la que me pone fuera de mí: lo que no la perdonaré nunca es que os quite al señor Lázaro después que os le había dado.... ¡Perfectamente, señorita! Porque vos no erais bastante rica, y él nece-

sita una heredera.... ¿Eh? ¿Qué decís de eso? Primero se os saquea, y luego se os desprecia porque os han dejado, ya sin nada.... ¡No me callaré! ¿Conque es lícito cortaros el corazón en cuatro pedazos, después de dejar vacíos vuestros bolsillos? Porque si vos amabais á vuestro primo, y él debía pagaros con gentileza, es una franca abominación robaros de esa manera.... Y ella lo hace así, como lo digo, porque lo he visto; ¡sí, sí! Todas las noches ella misma acechaba á la otra, y la enardecía en favor del joven con un montón de acciones indignas.... ¡Tan cierto como esta lámpara nos alumbra, yo estoy segura de que ella los ha lanzado al uno sobre el otro! ¿Y qué? Ella hubiera tenido la vela.... para hacer inevitable el matrimonio de los muchachos, y no por culpa suya ellos se han parado á mitad del camino. ¡Defendedla todavía, señorita, ahora que os ha pisoteado y que tiene la culpa de que lloréis todas las noches como una Magdalena!.... Porque os oigo bien desde mi cuarto, y caeré enferma al ver tantos dolores y todas esas injusticias.

—¡Cállate, yo te lo suplico!—tartamudeó Paulina, sin aliento para resistir.—¡Me haces mucho daño!

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, comprendiendo que la criada no mentía, y cada escena

que su memoria evocaba aparecía con realidad vivísima: ¡Lázaro estrechaba á Luisa en sus brazos, mientras la señora Chanteau estaba de centinela en la escalera!

¡Oh, Dios mío! ¿qué había hecho ella, que era fiel á todos, para que todos la engañasen? ¡Parecía que el abismo se ahondaba, despeñándose en él su deseo de vivir, su valor, sus alegrías, sus esperanzas!

—¡Yo te lo ruego! ¡Calla, calla, porque todo eso me ahoga!

Y entonces Verónica, presa de inquietud, se contentó con añadir en voz ronca:

—Callaré por vos, no por ella.... ¡Eh, señorita! Hoy mismo está, allá arriba, toda la mañana de Dios, vomitando contra vos una sarta de horrores.... La paciencia me falta y mi sangre estalla cuando la oigo devolveros en mal todo el bien que la habéis hecho. ¡Palabra de honor! Ella pretende que vos los habéis arruinado y que vos la matáis su hijo. ¿No me creéis? ¡Pues id á escuchar á la puerta!

Y como Paulina entonces rompiese á llorar, Verónica, llena de emoción, la tomó la cabeza entre sus manos y la besó los cabellos, repitiendo:

—¡No, no, señorita! ¡no he dicho nada!.... Pero es conveniente que vos sepáis algo.... porque es dema-

siado estúpido ser devorada de ese modo. ¡Ya no digo más! ¡Calmaos!

La muchacha apagó el rescoldo que había en la hornilla, y no pudo menos de murmurar todavía:

—¡Yo sé perfectamente por qué se hincha! ¡Su maldad la sale por las rodillas!

Paulina, que miraba fijamente los azulejos de la cocina, con el pensamiento confuso y pesado de dolor, levantó al punto los ojos. ¿Por qué decía Verónica que la hinchazón había reaparecido?

Y la muchacha debió faltar á su promesa de silencio, refiriendo que las dos piernas estaban interesadas desde la noche, pero que no se debía decirlo delante del señor Lázaro; y mientras Verónica daba tales detalles, el rostro de Paulina se inmutaba y una inquietud vivísima sucedía á su triste abatimiento.

A pesar de todo lo que acababa de saber, asustábase ante un síntoma que ella creía de mucha gravedad.

—¡Pero no se la puede dejar así! — respondió levantándose. — ¡Está en peligro!

—¡Ah, sí! ¡En peligro! — exclamó brutalmente la criada. — Pues no lo demuestra en la cara, y ni por pienso ha caído en ello, porque se ocupa demasiado

en decir perrerías de la gente y en estirarse como un turco en su cama..... Además, ahora duerme, y será preciso esperar á mañana. Precisamente es el día en que el Doctor viene á Bonneville.

Al día siguiente fué imposible ocultar á Lázaro el estado de su madre: toda la noche Paulina había estado escuchando, desvelada de hora en hora, por creer que oía gemidos incesantes atravesando el pavimento, y luego, al amanecer, se quedó profundamente dormida.

Eran ya las nueve cuando ruido de puertas la hizo levantarse sobresaltada, y como bajase apresuradamente la escalera, después de vestirse de cualquier modo, encontró en la meseta del primer piso á Lázaro, que salía del cuarto de la enferma.

La hinchazón llegaba al vientre, y Verónica se había decidido á prevenir al joven.

—¿Qué?—preguntó Paulina.

Lázaro, muy pálido, con el rostro descompuesto, no respondió de pronto, apretándose la barba entre sus dedos convulsivos, con un gesto que le era familiar; y cuando habló, sus primeras palabras, tartamudeando, fueron:

—¡Está perdida!

Y subió á su cuarto con ademán de extravío.

Paulina le siguió, entró á la gran sala donde no había estado desde que sorprendió en ella á los dos jóvenes, cerró la puerta y quiso tranquilizarle.

—Vamos, que ignoras aún lo que tiene, y hay que esperar al Doctor, por lo menos..... Ella es muy fuerte, y la esperanza nunca se pierde.

Pero él, siempre obstinado, herido en el alma por convicción súbita, repetía:

—¡Está perdida! ¡está perdida!

Aquel golpe imprevisto le aplanaba: al levantarse de la cama, acercóse como de costumbre á la ventana para mirar el mar, bostezando de fastidio y lamentándose del vacío imbécil de la existencia; mas luego, cuando su madre se destapó hasta las rodillas, la vista de aquellas pobres piernas hinchadas por el edema, enormes, pálidas, parecidas á troncos muertos, le había llenado de enternecimiento y de espanto.

—¿Y qué? ¡De un momento á otro las desgracias vienen así!

Sentado en un ángulo de la gran mesa, temblándole todo el cuerpo, no osaba nombrar en voz alta la enfermedad que había conocido; siempre le acometía el miedo de una dolencia del corazón para sí ó para los suyos, sin que sus dos cursos de estudios

médicos le hubieran demostrado la igualdad de los males delante de la muerte; ser herido en el corazón, en el centro mismo de la vida, era para él la muerte más tremenda, la más inclemente. ¡Y con aquella muerte iba á morir su madre, y aun él mismo se acabaría con ella!

—¿Por qué desolarse así?—continuó Paulina.—Hay hidrópicos que viven largos años. ¿Te acuerdas de la señora Simonot? Pues ha muerto de una fluxión en el pecho.

Mas él movía la cabeza. ¡No era un niño para que se le engañase de tal manera! Sus pies, colgando, pataleaban en el aire, y el temblor de su cuerpo no cesaba, mientras dirigía fijas miradas á la ventana, cuya viva claridad le ofuscaba.

Entonces, por vez primera desde su rompimiento, ella le besó en la frente como antes.

Hallábanse los dos reunidos nuevamente en aquella gran sala donde habían crecido, y todo su mutuo rencor se desvanecía en el fondo del gran dolor que les amagaba; ella se enjugó las lágrimas; él, no pudiendo llorar, repetía maquinalmente:

—¡Está perdida! ¡está perdida!

Hacia las once llegó el doctor Cazenove, según su costumbre de subir á Bonneville una vez cada



semana, y extrañóse mucho de encontrar á la señora Chanteau en cama. ¿Qué tenía aquella querida señora? Y se chanceaba diciendo que toda la casa estaba hecha una lástima, y debía ser transformada en ambulancia.

Mas cuando examinó, tocó y auscultó á la enferma, se tornó grave; y aun tuvo necesidad de su grande experiencia para no manifestar asombro.

Pero la señora Chanteau no conocía la gravedad de su estado.

—Espero que me sacaréis pronto de la cama, Doctor—decía con voz alegre;—porque sólo tengo una aprensión, y es que esto me ahogue si continúa subiendo.

—Estad tranquila; eso no ha de subir tanto—respondía él también sonriendo.—Además, ya sabríamos impedirlo.

Lázaro, que había entrado al cuarto después del examen facultativo, le escuchaba estremeciéndose y con ardiente deseo de que saliera, para preguntarle y saber.

—Conque no os inquietéis, querida señora—continuaba el médico;— que yo volveré mañana para hablar con vos despacio.... Hasta la vista, que voy á escribir mi receta allá abajo.

Paulina les impidió entrar al comedor, porque Chanteau seguía creyendo que su mujer tenía sólo una rozadura en un pie; y ella había preparado ya tinta y papel en la mesa de la cocina.

El doctor Cazenove confesó que el caso era grave, empleando frases largas y embrolladas, porque aquella enfermedad brusca derrotaba su antigua experiencia y no se decidía á diagnosticarla.

—En fin, ¡que está perdida!—gritó Lázaro con irritación.—Es del corazón, ¿no es eso?

Paulina le dirigió una mirada suplicante que el Doctor comprendió.

—¡Oh! ¡el corazón!—dijo el médico.—Mucho lo dudo.... Pero si ella no puede levantarse por ahora, tal vez hay para largo tiempo todavía con cuidados....

El joven se encogió de hombros, su ademán ordinario de cólera de niño á quien no se engaña con cuentos que le divierten, y dijo:

—¿Pero no lo habíais advertido, Doctor? ¡Estas abominaciones no vienen de repente! ¿No habíais observado nada?

—Sí, sí—murmuró Cazenove—me había apercibido de algunos detalles insignificantes....

Y como viese en Lázaro una sonrisa desdeñosa, continuó así:

—Escuchad, señor bravo: me considero menos bruto que otros, y esta vez no es la primera que me me ocurre no haber previsto nada y quedarme como un estúpido ante la enfermedad.... Vos sois muy gracioso, queriendo que todo se sepa, cuando no hacemos poco con deletrear las primeras líneas en esta complicada máquina del cuerpo humano.

Y se incomodó, escribiendo irritado su receta con rasgos de pluma que agujereaban el fino papel: el cirujano de marina reaparecía en los movimientos bruscos de su cuerpo.

Pero cuando volvió á ponerse de pie, su viejo rostro curtido por el aire se dulcificó súbitamente al ver á Lázaro y Paulina con la cabeza inclinada, desesperados.

—Hijos míos — repuso el Doctor — haremos lo posible para sacarla adelante, y ya sabéis que yo no quiero hacer alardes de grande hombre con vosotros. Pues bien, francamente; ¡no sé qué decir! Sólo me parece que no hay peligro inmediato.

Y partió después de asegurarse de que Lázaro tenía en casa tintura de digital.

La receta prescribía sencillamente fricciones con esa tintura en las piernas, y algunas gotas de la misma en un vaso de agua azucarada, y esto basta-

ba por entonces, pues el médico llevaría en el día siguiente unas pildoras, y tal vez se decidiera á practicar una sangría.

Paulina había acompañado al Doctor hasta su cochecillo, á fin de sacarle la verdad del caso; pero la verdad era realmente que él no se atrevía á decirse.

Cuando ella entró á la cocina, Lázaro leía y releía la receta, y la palabra *digital* le hacía palidecer.

—No os atormentéis así—dijole Verónica, que se había puesto á pelar patatas, á fin de quedarse y escuchar.—Los médicos son todos exagerados.... y si éste no sabe qué decir, consiste en que la cosa no vale nada.

Celebróse entonces consulta alrededor del plato en que la cocinera cortaba las patatas; Paulina aparecía tranquila, porque entró á besar á su tía por la mañana, y encontróla con semblante bueno; Lázaro continuaba mudo, estrujando la receta entre sus dedos febriles, porque la palabra *digital* le quemaba.

—Subo—acabó por decir.

Y ya en la puerta, vacilando, preguntó á su prima:

—¿Vendrás un momento?

Ella también mostró alguna vacilación.

—Tengo miedo de contrariarla—murmuró.

Él subió solo, sin añadir otra palabra.

A la hora del almuerzo, Lázaro, por no alarmar á su padre, se presentó en el comedor, muy pálido; de cuando en cuando un campanillazo llamaba á Verónica, que subía con los platos, cuyos manjares apenas probó la enferma, y cuando bajaba decía á Paulina que el pobre joven perdía la cabeza allá arriba.

Era una lástima verle tiritar de calentura delante de su madre, con las manos poco diestras para servirle, demudado el rostro, cual si temiese en cada minuto ver que se le quedaba entre los brazos.

Hacia las tres, á poco de haber subido la criada, ésta llamó á Paulina inclinándose por el hueco de la escalera, y la dijo al verla subir, cuando llegaba á la meseta del primer piso:

—Debéis entrar, señorita, para prestarle ayuda, y tanto peor si la incomoda.... Quiere que la vuelva del otro lado, ¡y si vieséis temblar á Lázaro, sin atreverse á tocarla! Además, ella me prohíbe acercarme.

Paulina entró.

La señora Chanteau, muellemente reclinada en tres almohadones, habría parecido como persona que se quedaba en la cama por pereza, sin el aliento penoso y corto que levantaba sus hombros.

Lázaro balbuceaba, delante de ella:

—¿Luego decididamente quieres que te vuelva del lado derecho?

—Sí, empújame un poco.... ¡Ah! ¡pobre hijo mío! ¡Cuánto tardas en comprender las cosas!

Pero ya la joven decía:

—Déjame á mí, que estoy acostumbrada á hacerlo.... ¿Estás bien así, tía?

Y la volvió, aunque la señora Chanteau gruñía con voz ronca que se la atropellaba, porque no podía hacer el más leve movimiento sin ahogarse, y quedándose algunos momentos anhelante, con el rostro lívido.

Lázaro habíase escondido detrás de las cortinas del lecho para ocultar su desesperación: apoyábase en la pared, desfallecía, demostraba en su exterior que no podía sufrir más, que le faltaba el valor; mas permaneció allí mientras Paulina friccionaba las piernas de la enferma con la tintura de digital, y si volvía la cabeza por no ver, el mismo afán imperioso de ver le obligaba á dirigir allí la vista, sobre aquellas piernas monstruosas, aquellos paquetes inertes de carne descolorida que le inspiraban horror y angustia.

Entonces, cuando su prima le observó tan próximo á desfallecer, creyó prudente despedirle; y como la